

mático el hecho de que Lezama decidiera no incluir en sus libros posteriores ninguno de los ocho poemas que Juan Ramón escogió para *La poesía cubana en 1936*.

Sin embargo, por encima de esas diferencias literarias, el reconocimiento público de Lezama como poeta debe mucho a la presencia de Juan Ramón en Cuba. Un influjo extraño, como se ha hecho notar, puesto que el andaluz no era pródigo en verbalismos paternalistas, sino en silencios cómplices, rotos con algunos aforismos. «Su conversación —recuerda Lezama en una entrevista— no se distinguía por los enlaces, las pausas, la riqueza comunicante; sino más bien por un tono sentencioso, hablaba en tonos lentos y como si rastrillara las palabras». En esos silencios de su mentor, Lezama descubre una coartada para convertirse, a su vez, en el *magister* de una generación. Como un juego de espejos, esa presencia silenciosa de Juan Ramón le garantiza un lugar casi «mediúmnico» en el retrato generacional.

Entre abril y junio de 1937 Lezama visitó varias veces el Hotel Vedado. Acababa de cumplir 26 años y su primer libro estaba en imprenta, pero Juan Ramón incluyó ocho poemas suyos en su antología, le entregó colaboraciones para *Verbum*, le concedió una extensa entrevista y, lo más extraño, no puso ningún reparo a la publicación, cuando era evidente que sus declaraciones habían sido reescritas y colocadas en la órbita del tema que entonces apasionaba a aquel joven estudiante de Derecho: la relación entre cultura e insularidad, el tópico de la isla como una variante de la morfología, esa «ciencia cultural» que la *Revista de Occidente* había puesto de moda en ciertos ambientes hispanoamericanos.

El *Coloquio* no es la típica conversación del maestro con el discípulo, como esas que tenía Juan Ramón en el comedor del Vedado. «Yo tengo la impresión —dice Vitier— de que Lezama no tuvo inmadurez en ningún momento. Es decir, que no tuvo un proceso, que no tuvo balbuceos. Al menos, si los tuvo no los conocemos. Se presentó ya de cuerpo entero, José Lezama Lima, con todas sus características». En efecto, Lezama nunca discute su propia poesía con Juan Ramón, más bien lo obliga a hablar de cosas que hasta ese momento nadie en Cuba se había preguntado. Lo único parecido a una reticencia es el párrafo que precede al *Coloquio*, bastante tibio en comparación con la legendaria rispidez de Juan Ramón en casi todos sus tratos literarios:

En las opiniones que José Lezama Lima «me obliga escribir con su pléutica pluma», hay ideas y palabras que reconozco mías y otras que no. Pero lo que no reconozco mío tiene una calidad que me obliga también a no abandonarlo como ajeno. Además, el diálogo está en algunos momentos fundido, no es del uno ni del otro, sino del espacio y el tiempo medios.

He preferido recoger todo lo que mi amigo me adjudica y hacerlo mío en lo posible, a protestarlo con un no firme, como es necesario hacer a veces con el supuesto escrito ajeno de otros y fáciles dialogadores.

Este párrafo alimenta la sospecha de que Lezama inventó todo el *Coloquio* incluyendo los parlamentos del propio Juan Ramón. Tenemos, además, los apuntes que hizo la fiel Zenobia en su *Diario* mientras corregía el texto de la conversación:

Este trabajo no es muy satisfactorio, ya que todo lo que Juan Ramón hace es ponerlo en español. Hay tanto atribuido a J. R. que él nunca dijo ni pensó decir y tanto que realmente dijo y está incorporado a los comentarios de L[ezama] L[ima], que hubiera tomado más tiempo desenredar la madeja que escribirlo de nuevo. Sin embargo, había suficiente valor en el diálogo como para salvarlo, y todo lo que hizo J. R. fue corregirlo lo suficiente para que no se anegaran totalmente las ideas en un mar de confusión, debido a la oscuridad de la expresión.

¿Por qué Juan Ramón, a pesar de lo quisquilloso que solía ser en esos asuntos, accedió a publicar aquel texto con mínimas variaciones? Jamás lo sabremos. Lo cierto es que en esa conversación goetheana se resignó a hacer de Eckermann, y soportó estoicamente un fárrago de citas: Scheler, Frobenius, Goethe, Valéry, con tal de exponer algunas ideas fundamentales. En el ámbito español, Ortega, Ganivet, Unamuno y el casi desconocido Pedro Cabrera ya habían vinculado la sensibilidad a un tipo de paisaje. Pero ninguno de ellos se atrevió a emprender lo que propone el *Coloquio*: convertir una característica geográfica en fundamento mítico capaz de subvertir una tradición que hasta entonces padecía un ostensible complejo de inferioridad.

En una famosa carta a Cintio Vitier, de enero de 1939, Lezama adopta un tono de conspirador: «Va siendo hora de que todos nos empeñemos en una Economía Astronómica, en una Meteorología habanera para uso de descarriados y poetas, en una Teleología Insular, en algo de veras grande y nutridor». Semejante empeño (en el que hay también cierto dejo de ironía) convierte el *Coloquio con JRJ* en la búsqueda de una imagen del génesis y la finalidad de la isla, un mito de fundación. Aunque en otros países de Latinoamérica el mestizaje se había convertido en el emblema de la integración nacional, esa «expresión mestiza» será criticada con acritud por el joven Lezama, quien le reprocha al mestizaje no abarcar la esencia de la *polis* cubana. Busca entonces un refugio teórico en la idea de una insulari-

dad trascendental, que ha sido juzgada de manera desfavorable por el propio Vitiér. «Lezama –dice el origenista– tenía el ímpetu de la juventud, pero se encontró con el andaluz universal que también se las traía y que, en un momento dado, le dice: Bueno, sí, usted tiene la pasión del mito insular, pero ¿qué cosa es una isla? Cuba es una isla, Australia es una isla, Groenlandia es una isla, Inglaterra es una isla, pero es que los continentes también son islas, están rodeados de agua por todas partes; el planeta es una isla. Lo que, desde luego, dejó a Lezama fuera de situación y le ayudó a precisar, pienso yo, su concepción del asunto, que llegó a sintetizar en un aforismo que a mí me parece magistral: “La isla distinta en el cosmos o, lo que es lo mismo, la isla indistinta en el cosmos”».

Ante los recelos de JRJ, («Creo que lo que usted me ofrece es un mito») Lezama aclara que se sitúa en lo poético porque, presentada de otra manera, la idea de un privilegio de la cultura insular «alcanzaría, sin duda, una limitación y un rencor exclusivistas». «Yo desearía nada más –dice– que la introducción al estudio de las islas sirviese para integrar el mito que nos falta».

Esta «política del espíritu» aparecía sobre un fondo dominado por la idea del fragmento perdido, de una historia cubana sumergida en el sinsentido histórico. Si bien por esos años Lezama se mantuvo ocupado en misiones grandilocuentes, sus expectativas privadas eran bastante pesimistas. La vida nacional se había convertido en un páramo, donde sobresalía la evidencia de un país incapaz de producir una ruptura radical o un nuevo comienzo. «Imaginad La Habana de 1935, –dirá años después– henchida de politiquería, con un inútil y rampante subconciencia alborotado de pesadilla colectiva». La pesadilla era el sueño frustrado de la Revolución del 30: a la caída del régimen de Gerardo Machado (1925-1933) no siguió ningún gobierno legítimo. Al contrario, en apenas tres años (1933-1936) Cuba padeció una sucesión de efímeros gabinetes que llevaron la corrupción y el entreguismo de la joven república a extremos inéditos en el machadato. Este sombrío panorama explica las posteriores reservas políticas de la llamada «generación del 30»; para muchos de sus integrantes la cultura debía convertirse en un reducto cívico desde donde resistir a la desmoralización a la que la sometían los poderes públicos.

Aunque en términos generales Lezama compartía el pesimismo de los años 30, su idea de la cultura era muy diferente a la de los llamados *minoristas*, los intelectuales que, agrupados alrededor de la *Revista de Avance* habían dedicado la década anterior a la búsqueda de una identidad nacional mestiza. Esta labor, a la que Lezama alude despectivamente como «allegamiento de acarreo y materiales superpuestos», llegó a alcanzar una